

III.

Los alistamientos voluntarios.

Entre tanto que Jacobo Merey estaba en casa de Danton y de Camilo, París había cambiado completamente de aspecto; parecía una plaza amenazada por el enemigo.

Por todas partes se veían oficinas de alistamiento, es decir, tablados levantados con tanta rapidez que podía creerse que una hada, al tocar con su varita mágica, había hecho que salieran de la tierra en todas las calles de París.

En cada esquina se encontraba un centinela, los que repetían las palabras de la consigna: «*La patria está en peligro,*» ó «*Recordad las víctimas del 10 de Agosto.*»

Danton había fijado el mismo día para la fiesta fúnebre y para los alistamientos; de este modo el luto reclamaba la venganza.

No se había equivocado. El llamamiento de los centinelas, la comitiva de viudas y huérfanos que recorrían las calles de la capital, la santa y terrible bandera del peligro de la patria, bandera negra que flotaba en la casa del Ayuntamiento y en todos los edificios públicos, inspiraban un profundo sentimiento de unión en todas las clases de la sociedad.

Todos estaban dispuestos á servir á la patria, y ofrecían además uniformes y armas, que recogían de casa en casa.

Los voluntarios, adornados con cintas, recorrían las calles gritando: ¡Viva la nación! ¡Muerte al extranjero!

Los abrazos, los gritos, las lágrimas, los cantos populares formaban alrededor de los tablados un verdadero laberinto, sobresa-

liendo las enérgicas estrofas de *la Marsellesa*, apenas conocida entonces.

Además, de hora en hora resonaba un cañonazo, que encontraba eco en todos los corazones, recordándoles, por si lo habían olvidado, que el enemigo estaba á sesenta leguas de París.

Jacobo Merey se dirigió directamente al Ayuntamiento. Danton acababa de salir, y según le dijeron se dirigía á la Asamblea.

Una multitud inmensa acudía para alistarse, y la siniestra bandera ondeaba en el balcón del centro, como si en sus anchos pliegues quisiera envolver á la capital.

El Ayuntamiento estaba en sesión permanente.

Era el foco de la revolución, el corazón; el aire estaba impregnado de amor á la patria, de entusiasmo por la libertad.

Aquel era el espejo de la situación; el oropel; allí se encontraban los jóvenes hermosos y entusiastas que se embriagaban con los gritos de ¡Viva la patria! ¡Muerte á los traidores!

Pero para comprender el doloroso reverso de la medalla, para formar idea del lúgubre sacrificio, hubiera sido preciso entrar en las casas, subir á las bohardillas, penetrar en las chozas de donde salían los voluntarios, y ver al anciano padre entregar el mohoso fusil á su hijo y caer anonadado en un sillón, desgarrado el corazón por la soledad y abandono que le aguardaban.

En otra parte á la infeliz madre pudiendo apenas contener el llanto y preparando el saco de viaje, en el cual encerraba los ahorros conservados con mucho trabajo y los alimentos que tal vez la hacían falta á sí propia, pensando que cada paso de aquel viaje acercaba el hijo de sus entrañas al cañón del enemigo.

¡Ay! nuestras madres, matronas de la república, mujeres del imperio, fueron dos veces madres; la primera, alegre y gozosa al darnos á luz; la segunda, terrible al enviarnos á la muerte.

Verdad es que todos no morían, algunos regresaban imposibilitados, inválidos; pero orgullosos con su charretera; pero muchos, la mayor parte, eran esperados inútilmente días, meses, años, y no se volvía á tener noticias suyas.

La Siberia, triste es decirlo, era entonces una esperanza.

—Los rusos le habrán hecho prisionero enviándole á la Siberia, y de allí se tarda mucho en volver á Francia.

Y las madres añadian estremeciéndose:

—Dicen que en la Siberia hace mucho frio; ¡pobre hijo de mi alma! Despues, de vez en cuando, se oía referir que uno de los prisioneros se habia escapado de aquel infierno de hielo y que habia llegado á tal pueblecillo, ó á la aldea inmediata.

Y aunque se encontrara distante cinco, diez ó veinte leguas, se apresuraban á visitarlo en carreta, en asnos ó á pié, y entraban alegres en la casa paterna, diciendo:

—¿En dónde está? ¿En dónde?

Y su júbilo se trocaba en compasion al ver un espectro lívido con los ojos hundidos y sin fuerzas.

—¿Quedaban allí algunos compañeros? preguntaba con inquietud la pobre madre.

—Sí, señora; todavía, segun me dijeron, habia prisioneros en Tobolsk, Thomsk y en Iskurtsk; tal vez entre ellos estará vuestro hijo. Yo he vuelto, ¿por qué no ha de volver tambien?

Y la madre se retiraba ménos triste, y al regresar á su casa referia á los vecinos las palabras que habia escuchado, y todos se regocijaban con la esperanza.

—Ese ha vuelto, mi hijo tal vez volverá; se repetia la pobre madre.

Y cada dia daba un paso hácia la tumba, y en su lecho de agonía, al escuchar el más ligero ruido, decia la infeliz anciana:

—¿Es él?

No era él, y la enferma espiraba lanzando un profundo suspiro.

Muchas se resignaban á ceder sus hijos para la guerra implacable que el mundo entero declaraba á la Francia, para aquel abismo insaciable de Curtius, en donde perecian millares de víctimas; pero otras no podian soportar aquel pensamiento y se entregaban á accesos de rabia y de maldiciones.

Danton, que iba desde el Ayuntamiento á la Asamblea nacional y tenia que atravesar el mercado central, se encontró en medio

de uno de aquellos grupos de mujeres furiosas y fué reconocido.

Danton era la revolucion en persona.

Su rostro trastornado, surcado y fatigado por las pasiones, demostraba sus estragos y sus bellezas.

En aquel semblante arrugado y escabroso como los bordes de un volcan, los ojos se veian apenas y solo cuando lanzaban rayos de cólera.

La nariz, picada de viruelas, estaba desfigurada, y la boca demostraba al hombre enérgico y terrible en la lucha.

En aquel temperamento sensual habia algo de dogo, de leon y de toro, y bajo una fealdad sublime, un gran corazon. «Un corazon generoso,» ha dicho Beranger; «un corazon magnánimo,» dijo Royer-Collard.

—¡Ah! aquí está, gritaron las mujeres: tú, que hiciste el 20 de Junio insultar al rey; tú, que has hecho ametrallar el palacio el 10 de Agosto, hoy nos robas nuestros hijos, y desde luego se ve que eres ciego cuando te atreves á pasar por el mercado: has caido en nuestras manos y no te escaparás.

Hay que advertir que las mujeres de los mercados eran realistas la generalidad.

Dos extendieron los brazos para coger á Danton; pero las rechazó con un movimiento.

—Bullangueras de los arroyos, exclamó lanzando una carcajada terrible y que se parecia á un rugido; ¿no sabeis que á Danton no se le toca sin morir? Si vuestro rey hubiera sido realmente un rey, hubiera muerto mil veces antes que haberse puesto el 20 de Junio el gorro frigio. Yo, gracias á Dios, no soy rey; pero probad si contra mi voluntad podeis ponerme el gorro frigio; el 10 de Agosto acaso, si vuestro rey hubiera sido hombre, ¿no se hubiera hecho matar antes que hubiéramos entrado en su palacio? ¡Vuestro rey! ¿Soy yo quien os quita á vuestros hijos? No; es él.

—¿Qué dices? exclamaron las mujeres.

—¡Él! ¿Contra quién se batirán vuestros hijos? Contra el enemigo. ¿Y quién ha llamado á los extranjeros? Vuestro rey. ¿Por qué salia de Francia cuando algunos valientes patriotas le detuvieron

en Varennes? Salia á buscar á los enemigos: pues bien; vinieron; ¿y los acogeremos como lo han hecho en Longwy? ¿Quereis que se le abran las puertas de Paris? ¿Debemos volvernos prusianos, austriacos ó cosacos? ¡Oh! estais locas; tal vez les aguardais con impaciencia á esos asesinos é incendiarios, que no saben sino deshonrar á las mujeres, y tal vez deseais que vengan más por esto último que por traicion; ¿es cierto?

—¿Qué te atreves á decir? gritaron las mujeres.

—Lo que he dicho, replicó Danton subiéndose en un guarda-canton; que si creéis que son vuestros esos hijos porque les habeis llevado en el vientre, porque son una parte de vuestro sér, porque les habeis alimentado en vuestro seno, os equivocais, os engaÑais miserablemente. Vuestros hijos pertenecen á la patria: el amor, la procreacion, el alumbramiento, todo es por la patria y para la patria. La maternidad individual es el medio para proporcionar defensor á la madre de todos, á la patria. ¡Ah! Renegadas, miserables; la Francia grita por un lado: «¡Á mí! ¡Socorro, ayuda!» ¿Y á este grito se lanzan vuestros hijos y los deteneis? No solo sois madres cobardes, sino hijas impías; ¡oh! tambien yo tengo dos hijos que han nacido en dias sagrados, y si la Francia los pide, diré: «¡Madre, ahí los tienes! Tengo una esposa á quien adoro: si Francia me la pide, ¡madre, tómalala! Y si despues de mis hijos y de mi mujer me grita: Ahora tú, me lanzaré en el abismo gritando: ¡Madre, aquí me tienes!»

Las mujeres se miraban mudas de admiracion.

—¡Oh libertad santa! exclamó Danton; ¡cuando creia que habia llegado el dia del sacrificio, la aurora de la fraternidad, me engaÑaba! ¡Naturalezas depravadas, á vosotras le estaba reservado desgarrarme el corazon! ¡Habeis conseguido una cosa más difícil aun que herirme y hacer brotar mi sangre, y es arrancar lágrimas de mis ojos! ¡Desgraciados los que han hecho llorar á Danton, porque hacen llorar á la libertad!

Y un torrente de lágrimas, lágrimas de dolor por la Francia, inundaron las mejillas de Danton.

Su voz era la voz fatídica y sublime de la patria, y no sin razon habia dicho: *El que hace llorar á Danton, hace llorar á la libertad.*

El dicho en él era el hecho; habia dicho con voz enérgica y poderosa: que se haga la revolucion, y la revolucion se hizo.

Hija suya, murió con él.

Trastornadas las mujeres al ver las lágrimas que corrian por el rostro de Danton, se conmovieron.

Algunas le hicieron bajar del guarda-canton y le estrecharon en sus brazos; otras huyeron ocultando el rostro con su delantal.

Jacobo Meréy habia presenciado la escena desde el principio hasta el fin.

Al principio habia permanecido en expectativa, dispuesto si era preciso á socorrer á su amigo, y despues habia admirado aquella elocuencia prodigiosa que se adaptaba á todas las circunstancias; parlamentario en la tribuna, popular en el guarda-canton.

Habia oido sus primeras palabras burlonas, atrevidas, impetuosas; habia visto embellecerse, animarse con el furor verdadero ó fingido aquella máscara; habia sentido penetrar hasta su corazon aquellos agudos y bruscos dardos, y cuando vió llorar á Danton dejó tambien correr sus lágrimas.

Danton, libre de aquella multitud, se limpió el sudor, reconoció á Meréy y se arrojó en sus brazos.

Danton, como hemos dicho, se dirigia á la Asamblea nacional, y las primeras palabras, la primera muestra de cariño que dió á su amigo, fué decirle:

—No hay tiempo que perder; voy á proponer en la Asamblea una medida de la más alta importancia; ven conmigo.

En la Asamblea reinaba la mayor agitacion.

Acababan de recibir noticias de Verdun; el enemigo estaba á sus puertas, y el comandante Beaurepaire habia jurado saltarse la tapa de los sesos antes que rendirse.

Pero no ignoraban que en la poblacion habia un círculo realista, el que procuraria detener á Beaurepaire.

Al ver á Danton se oyó un prolongado murmullo.

Danton no se fijó en él.

Subió á la tribuna, y sin turbacion, sin vacilar, pidió la inspeccion domiciliaria.

Una discusion vivísima estalló; se habló de la libertad comprometida, del domicilio violado, de los secretos del hogar doméstico vendidos; pero Danton, imperturbable, aguardó tranquilo á que la tempestad cediera, y con voz de trueno dijo:

—Cuando se encuentra el ejército extranjero á sesenta leguas de Paris; cuando en el centro, en el corazon de la capital hay otro ejército realista, es preciso que los que se encuentran al frente del gobierno hagan pesar su justicia sobre Francia. ¿Sois de opinion que perezcamos sin la revolucion, y que ella solo puede salvarnos? Pues bien, si como ministro de Justicia personifico la revolucion, necesito saber los obstáculos que se presentan y los recursos que nos quedan. ¿Qué hablais de libertad comprometida, de domicilio violado, de secretos vendidos? Cuando la patria está en peligro, los hombres y las cosas le pertenecen. En nombre de la patria pido, exijo la inspeccion domiciliaria.

Y Danton triunfó. No solo se decretó lo que deseaba, sino que, para no dar tiempo á que ocultaran nada importante, decidieron que empezarian aquella noche á ponerse en ejecucion.

Jacobo Merey se encargó de tranquilizar á la esposa de Danton, y este se dirigió al instante al ministerio para dar órdenes y tomar las medidas necesarias.

Danton previno á su esposa que si abrigaba temores fuese á su lado, y la pobre mujer, que era tan tímida, inmediatamente se decidió, y haciendo llevar lo más preciso en una carreta, fué á instalarse con su marido en el sombrío palacio del ministerio.

Jacobo Merey la condujo; pero no accedió á sus repetidas instancias para que habitase con ellos.

Creia que estaria más tranquila agrupando alrededor de Danton á todos sus amigos fieles.

Eran las cuatro de la tarde: se oia tocar generala en todas las calles, y los vecinos sabian que á las seis debia estar cada cual en su casa.

La multitud desapareció como por encanto, oyéndose cerrar puertas y ventanas, cuyo ruido aterra en esas circunstancias y siembra la consternacion en las familias.

Los centinelas guardaban las puertas de Paris y el Sena, y aun cuando las pesquisas á domicilio no empezaban sino á la una de la madrugada, todas las calles estaban vigiladas por patrullas de sesenta hombres.

Jacobo Merey no quiso el mismo dia de su llegada á Paris desobedecer la ley, y en medio de la más profunda soledad volvió á la fonda de Nantes, y como estaba muerto de hambre, hizo que le sirvieran la comida.

Sobre una bandeja le presentaron una carta sellada con lacre negro.

El sello representaba una campana hendida con esta divisa: *Sansons* (sin sonido).

El lacre negro y aquellas fúnebres palabras indicaban que la carta era del verdugo; de modo que Jacobo adivinó el contenido.

Era la respuesta para saber si los decapitados conservaban algo de vida despues de separar la cabeza del cuerpo.

No se equivocó; la carta contenia la siguiente explicacion:

«Ciudadano:

»Yo mismo he hecho la prueba al cortar la cabeza á un sentenciado llamado Leclére; la he cogido por los cabellos al arrojarla en la cesta, he acercado mi boca á su oido y le he dicho su nombre.

»Los ojos estaban cerrados y se abrieron con la expresion del terror, volviéndolos á cerrar en seguida.

»La prueba ha sido decisiva; la vida, segun mi opinion, persiste.

»El que no se atreve á llamarse servidor vuestro,

SANSON.»

Aquella certeza lisonjeó á Jacobo Merey porque confirmaba su opinion, pero le quitó un poco el apetito.

Le parecia ver en el fondo de su habitacion aquella sangrienta cabeza en manos del verdugo, con los ojos desmesuradamente abiertos, reflejando el terror y la inquietud.